

CARLOS ROBLES PIQUER

ESE LUGAR LLAMADO COLOMBIA

Con frecuencia, la evolución política y social de Colombia ha sido «maginada» literariamente más que estudiada. Esa aproximación casi poética a la tragedia colombiana oscurece, hasta hacerlas desaparecer en una ficción novelada, las responsabilidades morales y políticas de quienes han hecho del crimen y del asalto al Estado de derecho un modo de vida tan cruento como lucrativo.

“**S**i no fuera por las bombas y las ráfagas de metralla que resuenan a distancia y que me mandan sus vibraciones hasta acá, juraría que ese lugar llamado Colombia hace mucho que dejó de existir.»

Estas palabras, terribles palabras, han sido escritas por una novelista colombiana y pueden ser adquiridas, como parte de su último libro, en unos 10.000 puntos de venta, según recordó con legítimo orgullo la directora de la poderosa red que en el mundo de lengua española y portuguesa sirve, entre otras, a la editorial Alfaguara. Este sello, que creó en su madurez Camilo José Cela, es ahora parte del Grupo Prisa y parece felizmente gozar de buena salud, lo que sin duda alegrará a nuestro difunto Nobel, allá donde esté.

Como es bien sabido, el Grupo Prisa tiene un muy noble origen editorial, porque fue ante todo, con el nombre de Santillana, un gran renovador de aquellos textos educativos un tantico chapados a la antigua en los que algunos supervivientes aprendimos nuestras primeras letras, tantos años atrás que más vale no cifrarlos.

Es todavía mucho más sabido que el Grupo dispone hoy de un buque insignia, autocalificado como «diario independiente» (*sic*), cuya

Carlos Robles Piquer es Embajador de España. Ministro de Educación y Ciencia en el primer Gobierno de S. M. El Rey. Recientemente le fue impuesta en Bogotá la Orden del Congreso de Colombia otorgada por el Senado de la República.

Cuadernos de pensamiento político

calidad como medio informativo es muy superior a su nivel de objetividad, según sabe hasta el más desprevenido de sus lectores. En uso de las sinergias que esa condición grupal permite, el buque insignia ha disparado sus cañones para celebrar el premio literario del que hablamos. Y así, para lanzar ese libro al mercado, el diario *El País* dedicó nada menos que tres páginas completas, tres, a glosar el festejo en el que doña Laura Restrepo recibía de manos de don Jesús de Polanco el título que le acredita como ganadora del octavo Premio Alfaguara de novela, correspondiente al presente año 2004. Que el premio es merecido parece fuera de discusión; baste saber que lo otorgó un jurado de ilustres escritores presidido por don José Saramago, otro Nobel, pero felizmente vivo, al que correspondió elegirlo entre nada menos que 635 originales inéditos, siendo lógico suponer que algunos animosos colaboradores habrían efectuado una primera selección en tan ingente avalancha.

La novela premiada se titula, brevemente, *Delirio*. Y lo es: nos ofrece el retrato de una mujer enloquecida y de todo lo que gira a su alrededor. En tal sentido, bien puede atribuirse a ese texto una profunda sintonía con la insania que viene sacudiendo desde hace al menos medio siglo la vida colombiana. La novela, sin duda, merece ser comprada, leída y disfrutada, como lo ha hecho el arriba firmante, que así contribuyó muy modestamente a su fortuna desde uno de los diez mil puntos de venta. Preciso es advertir al lector no colombiano de nuestra lengua universal, que tropezará con no pocos modismos, giros, localismos y vocablos de ardua comprensión, porque la propia fecundidad del idioma los genera en las anchas latitudes sobre las que se extiende; pero ninguno de ellos le inducirá a grave error ni le impedirá seguir el hilo de la historia. Y ese lector, a veces angustiado por tanto delirio cerebral, sabe también lo que –quizá con poca discreción– revela una notita editorial en la contraportada: que un «final esperanzador... cierra esta hermosa novela», aunque nos parezca justo advertir a dicho lector que la esperanza es sólo una gotita de miel en una barrica de acíbar.

Esta nota quiere ahora fijarse en la ceremonia de lanzamiento tal como fue recogida en las citadas tres páginas completas del buque insignia, ceremonia que estuvo animada «por el ceviche y el ron Viejo de Caldas», lo que sin duda contribuyó a la euforia que esas páginas reflejan. Lo más interesante de tan extenso relato es la entrevista con

la autora del periodista don Miguel Mora, quien nos recuerda, de entrada, que doña Laura Restrepo es «rica por familia». No podemos dudar de que lo es más ahora, porque el Premio está dotado con 175.000 dólares, es decir, con unos veintiocho millones de nuestras viejas pesetas, sin contar las que le generen los tan aludidos puntos de venta. Alegrémonos de que no siempre escribir sea llorar... Volviendo a la familia, los colombianos o quienes en su hermoso país hayan vivido saben que Doña Laura pertenece a una muy distinguida, de las que allá tienen por aristocráticas (los Restrepo Casabianca, nada menos), dentro de las varias ramas de un apellido que ha dado a Colombia hijos ilustres. Por ejemplo: los que tuvimos la suerte de conocerlo no olvidaremos nunca la figura de un jesuita en verdad eminente, el padre Félix Restrepo, Presidente de la Academia Colombiana de la Lengua, a la que logró albergar en su nueva casa de «la Jiménez», diseñada por el gran arquitecto exilado que fue Alfredo Rodríguez Orgaz, en los altos de la Avenida que lleva el nombre del fundador granadino de Santa Fe de Bogotá. Sacerdote de los de sota-na y vieja escuela, el Padre Restrepo contribuyó a dar al habla de los colombianos ese refinamiento que lo distingue entre las varias modulaciones de una lengua tan universal como la nuestra.

La entrevista nos informa de que, además de ser rica, la señora Restrepo fue trotskista y fundadora de un partido que, según sus cálculos, tenía por lo menos quince miembros. (Al arriba firmante, ausente de la fiesta por imposibilidad material, había poco antes advertido un amigo común que la conoce bien: «Es muy roja»). Y ella misma nos dice, en el año 2004 y cuando tantos Muros han sido derribados, que sigue siendo fiel a esas ideas porque «aún no encontré un credo mejor que sustituya a éste». Sin renunciar a tal creencia, que incluye la muy dogmática de que la inmortalidad es «una falacia», militó algún tiempo en el PSOE y fue Secretaria de la Casa de la Cultura en Ciudad Lineal de Madrid, un distrito en el que su ideario parece tener escaso arraigo. Asesinado Trotsky por un secuaz de Stalin en México hace ya muchos años, tampoco esa «doctrina» ha tenido más seguidores notorios que los albaneses de Enver Hodja y, quizá, algunos practicantes de la revolución cultural con la que Mao Tsé Dong degolló en China a muchos de sus compatriotas. Fueron, en el fondo, sanguinarias guerras civiles en la gran familia comunista. Por ello, sería de desear que doña Laura aclarase un tantico cómo ve

Cuadernos de pensamiento político

hoy ella, rica por familia y por obra, la aplicación de tan fracasado ideal político a esta corrupta sociedad liberal-capitalista que la distingue con el triunfo y aumenta en no poco su riqueza.

Hemos aludido antes a la «sintonía» entre la novela y la realidad colombiana. Y en verdad ocurre que tal realidad se infiltra en sus páginas como «una expresión de todo lo que Colombia tiene de fascinante, e incluso de terriblemente fascinante» (Saramago *dixit*). Lo doloroso es que esa fascinante realidad tiene no poco de infernal, como reflejan la vida y aventuras del otro amante de Agustina, la protagonista de la novela y del delirio. Del amante «titular» acabamos sabiendo poco: que por ese amor abandonó a su mujer y sus dos hijos, y que siendo «profesor de clase media, marxista de vieja data y militante de hueso colorado», el buenazo de Aguilar ha de vivir de algo tan escasamente literario como vender al detall comida para perros. Del segundo amante, llamado Midas McAlister, se nos dan más datos: es casi tan rico como su apodo nos indica y sirve de intermediario entre el más poderoso y despiadado de los narcotraficantes, un personaje por desdicha real llamado Pablo Escobar, «soberano de las tres Américas», y quienes le prestan un dinero que luego les es devuelto con creces... cuando les es devuelto; un dinero que en realidad él no necesita pero que le sirve para «arrodillar a la oligarquía» colombiana, a la que define con una frase: «Qué pobres son los ricos de este país». Y, por tanto, ese pequeño Midas participa en los ocios repulsivos y a veces criminales de esa fracción, seguramente microscópica, de la sociedad colombiana donde toda vileza y toda depravación tienen su asiento. Nadie espere, por cierto, hallar en esta novela ninguna palabra de reprobación para ese inframundo, más allá de su fiel retrato que quizá es ya suficientemente condenatorio.

Aun a riesgo de ser políticamente incorrecto, conviene comentar algunos aspectos de lo dicho en esas tres páginas, desde una posición de amor a Colombia que el autor de las presentes líneas profesa muy sinceramente

Lo más interesante de sus declaraciones al diario madrileño es la parte relativa a su Patria. Doña Laura las resume en esta frase: «Sin ironía, sin humor, Colombia es insoportable». No nos dice bien por qué; pero queda claro que el suyo es un país donde no se trabaja. Y aprovecha la ocasión para felicitar a los españoles que «se bajaron de

la *enguanda*» («el engaño, el invento, el embuste permanente», según su definición) el 14 de marzo. Uno creía, en su ingenuidad, que los españoles habíamos trabajado bastante durante ocho años de supuesta *enguanda*... Y uno, además, ha conocido a muchos colombianos muy trabajadores, sobrios y honestos; la mejor Colombia frente a la frenética *Locombia* de los alzados de uno u otro signo, los narcos, los perezosos, los secuestradores y los sicarios.

Doña Laura no pierde ni un segundo en atacar al Presidente Uribe; y extiende la crítica a sus predecesores y a las que llama «democracias de bolsillo», no sabemos si por el tamaño o porque en el bolsillo suelen tintinear las monedas. El asalto a los Presidentes constitucionales de Colombia fue tan general que don Jesús de Polanco tuvo que defender al Presidente Betancur, que «encomendó a Restrepo mediar con la guerrilla para conseguir la paz». No fue, por desdicha, una mediación afortunada, puesto que «la guerrilla» sigue viva y en aquella Presidencia cometió uno de sus más horrendos asesinatos, nada menos que al provocar la muerte violenta de la casi totalidad de los miembros de la Corte Suprema de Justicia de la que se habían apoderado. Ahora mismo, nada nos dice la autora premiada sobre los miles (sí, miles) de secuestrados en manos de esa «guerrilla» entre los que está la hija de otro ilustre Betancur, candidata ella a la Presidencia de la República.

Pues esto es lo que más sorprende en estas tres grandes páginas de *El País*: la ausencia de toda alusión al hecho de que un grupo de campesinos se alzara en armas hace ya medio siglo contra un Presidente libremente elegido y que desde entonces esos «guerrilleros» hayan construido un verdadero ejército que ya es autosuficiente y también rico porque se apoya en el suculento provecho del narcotráfico, es decir, en las comisiones que cobra a los que protege y que se lucran con la cocaína, para permitirles el negocio, o en el cultivo de sus propios campos de coca o de amapolas. No existe detrás ningún proyecto político conocido; y por ello no han podido obtener la paz los muchos Presidentes en los que los colombianos depositaron su confianza a través de elecciones libres y muy concurridas. El penúltimo, el Presidente Andrés Pastrana, llegó a concederles el control de un territorio tan grande en superficie como Extremadura o Suiza y sostuvo con esas llamadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colom-

Cuadernos de pensamiento político

bia, FARC, diálogos agotadores que no obtuvieron ningún resultado por una razón muy simple: el viejo Manuel Marulanda, alias *Tirofijo*, y los suyos sólo querían y quieren el poder total y absoluto, sin más ideario político que algunas vagas invocaciones al ejemplo de Fidel Castro que no puede ser, y menos en su decrepitud, un modelo para nadie con algo de sentido común; ni siquiera lo es ya para comunista tan convicto como el buen novelista Saramago, Premio Nobel y Presidente de este jurado literario. Tan claro fue el triste desenlace del intento pacificador que el propio Presidente Pastrana hubo de retirar a *Tirofijo* y los suyos el dominio que temporalmente les había concedido; y se ocupó de fortalecer la presencia del Estado y de sus fuerzas armadas en ese inmenso territorio nacional que apenas pueblan cuarenta millones de colombianos.

La rica y premiada novelista (para la que el 14 de marzo perdió las elecciones españolas... «la ultraderecha»; debería preocuparle que queden en la Madre Patria casi diez millones de «ultraderechistas») admite que al Presidente Álvaro Uribe lo votan los colombianos; y eso es, probablemente, lo que más insoportable le parece de su país. Sin duda, una buena mezcla de trostkismo, castrismo y *tirofijismo* sería una solución mejor que aquella voluntad de sus compatriotas expresada en las urnas una y otra vez y que lleva al Parlamento a personas poco propicias a la deseable reforma agraria, como admitió hace poco el Presidente del Senado, Vargas Lleras, en una valiente intervención en Casa de América, en Madrid.

Lo que tampoco nadie debe esperar de esta novela es nada análogo, ni de muy lejos, a un retrato de Colombia. La autora tiene derecho a replicar que tal no fue nunca su propósito. Pero sí ocurre que, desde el título, este libro evoca al envés, al contrapunto, a esa otra cara de la medalla colombiana a la que algún ingenio de la sabana bautizó con el nombre de Locombia. (Parece que viene de más antiguo; el arriba firmante oyó la palabra por vez primera en labios de su amigo Rafael Gutiérrez Girardot, que luego llegó a ser, y es, gran autoridad de toda la cultura hispánica en el mundo germánico desde su cátedra en la Universidad de Bonn). Es una Colombia boca abajo y patas arriba, una Colombia por desdicha muy fuerte en la que los productores de cocaína, como antes de marihuana y poco a poco de heroína, dan una batalla permanente contra los esfuerzos del Gobier-

no del Presidente Uribe, fuertemente respaldado por el de Estados Unidos... donde esos traficantes tiene su mejor mercado. Son cultivos del diablo que se oponen a los del café, esa riqueza honesta que los colombianos han llevado a su más alto nivel de calidad y a la que no faltan amenazas inesperadas, como la entrada de Vietnam en la producción de granos de baja calidad y bajo precio insensatamente preferidos por algunas grandes marcas.

Permítase una evocación personal: hace casi medio siglo, quien estas líneas firma era un joven secretario de la Embajada española en Bogotá, a las órdenes del Embajador Baraibar Usandizaga, un vasco tan vasco que no podía ser más español. Le tocó redactar los primeros despachos diplomáticos que, yacientes hoy en el archivo del Palacio de Santa Cruz, hablaban de la aparición de *Tirofijo* y los suyos en el mapa sangriento de «La violencia en Colombia», doloroso rasgo de una sociedad abundante en otras virtudes que ha sido descrito con este título en un libro terrible que ha vendido muchas ediciones. Desde entonces, esa banda y otras, de las que la novelista no hace mención, tienen tiranizado y martirizado a un pueblo de buenas gentes con la ayuda, hoy, del tráfico de drogas. Nadie duda de que la represión es dura y de que es justo vigilar sus excesos y denunciarlos; pero una mínima seriedad obliga a recordar que la negativa de las FARC a las generosas ofertas del Presidente Pastrana, elegido sobre esa esperanza, ha llevado a la elección no menos limpia (y contra los dos partidos tradicionales) del Presidente Uribe, por un pueblo sediento de esa paz. Y es que alguien, alguna vez, recordará con Schmidt que «el Estado es aquello que pone fin a la guerra civil» y terminará con una sangría enloquecida que dura casi tres cuartos de siglo.

Durante su último viaje a Colombia, este comentarista leyó en la primera página de *El Tiempo* (lo más parecido a *El País* en la prensa colombiana) una de esas brutales noticias que allá dejan casi indiferente a la opinión; tal es su dramática frecuencia. Decía (el 16-VI-2004) sólo esto: «Masacrados 34 raspachines en el Catatumbo». Traducido al dialecto celtíbero, esas líneas y las siguientes del periódico quieren decir que treinta y cuatro obreros del campo que raspaban hojas de coca fueron «amarrados bocabajo y asesinados» por «presuntos guerrilleros» del frente 33 de las FARC que opera en una zona del Departamento del Norte de Santander, muy cerca de Vene-

Cuadernos de pensamiento político

zuela. Se trataba de modestísimos asalariados del campo que sin duda trabajaban por cuenta ajena en unas plantaciones que sus asesinos, los «presuntos guerrilleros», aseguraron que les pertenecía. Es decir: las FARC reconocen que el cultivo clandestino de coca es una fuente habitual de sus ingresos. Y quienes dicen que se echaron al monte para buscar la justicia son hoy unos simples explotadores del vicio que asesinan sin piedad a pobres jornaleros, entre ellos dos de quince y diecisiete años.

En estas condiciones, no puede sorprender que se abra camino entre los colombianos la idea de una modificación constitucional que permita al Presidente Uribe optar por un segundo mandato. Su firmeza frente a la barbarie y su dedicación sin debilidad a su trabajo le han ganado la confianza de la mayoría de sus compatriotas, aunque no la de la rica troskista que motiva esta nota. Y no hay duda de que más de un país en América empieza a rechazar el pésimo e hipócrita modelo mexicano del «No reelección»... que permitió al PRI gobernar autoritariamente durante más de setenta años.

Si los colombianos así lo deciden, el doctor Uribe podrá dar nuevos pasos para que Colombia predomine sobre los delirios de Locombia.